

A. 4000  
A. 391

JOAQUIN HERRERA ÁLVAREZ

CELAS

(LEYENDA).

CON UNA DEDICATORIA DEL AUTOR

PRÓLOGO

DEL

M. I. DR. D. BLAS HERNÁNDEZ

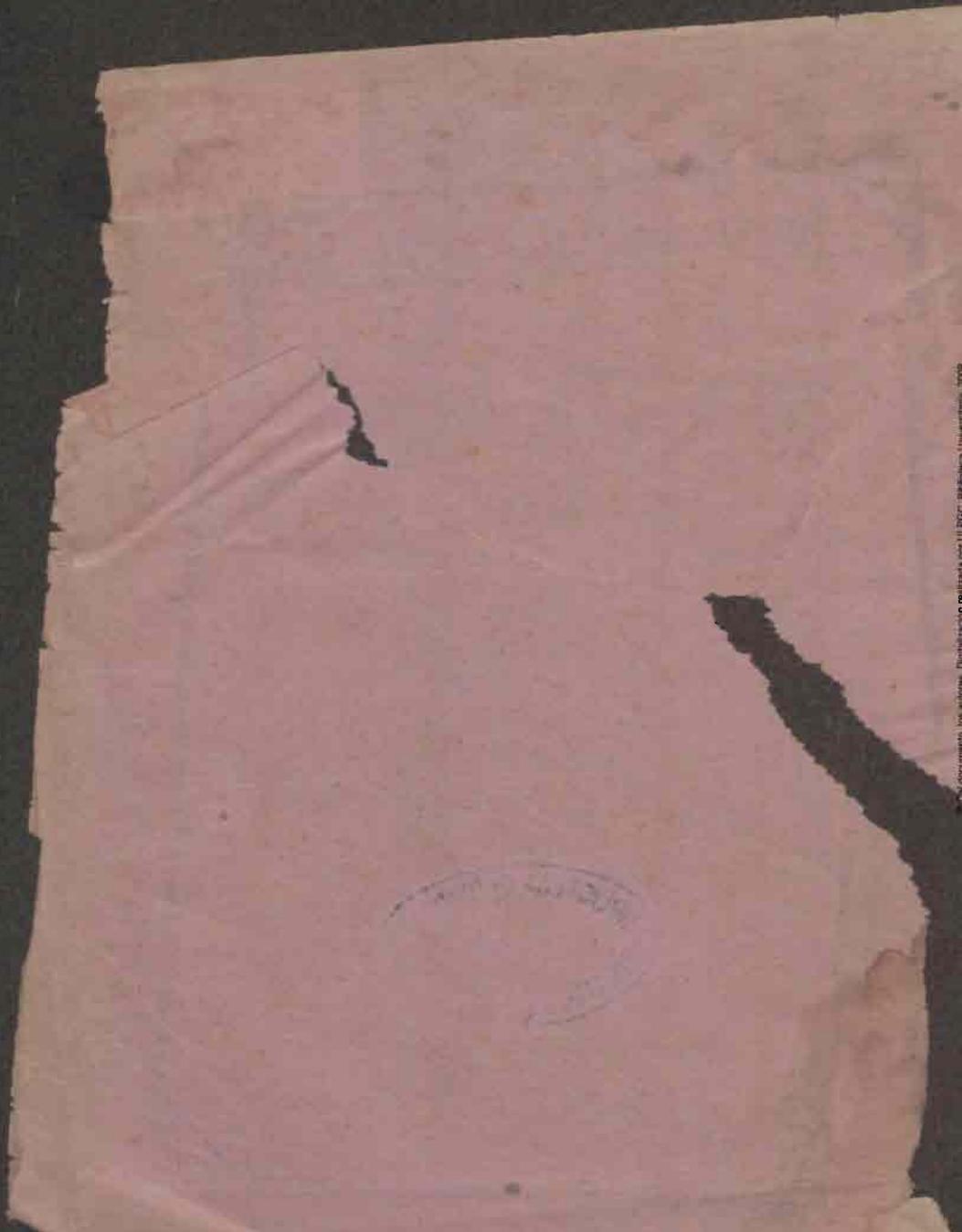
Decán de la Catedral de Las Palmas.



LAS PALMAS (GRAN CANARIA).

TIP. ASILO DE SAN ANTONIO.

1910.



Faint circular stamp, possibly containing text or a logo, located in the lower center of the page.

"CELA" (LEYENDA)



POR

JOAQUIN HERRERA ALVAREZ.

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

BIBLIOTECA

C<sup>o</sup>10

N<sup>o</sup> 44



**CELA**  
(LEYENDA).

CELA  
DETENIDA



86-1 (46.852)

JOAQUIN HERRERA ÁLVAREZ

# CELA

(LEYENDA).

CON UNA DEDICATORIA DEL AUTOR

PRÓLOGO

M. I. DR. D. BLAS HERNÁNDEZ

Deán de la Catedral de Las Palmas.



LAS PALMAS (GRAN CANARIA).

TIP. ASILO DE SAN ANTONIO.

1910.

6605006740

ESTADO DE GUAYAMA

1933

*[Faint handwritten signature or scribble]*





# DEDICATORIA

A la memoria de la Sta. Cela.

Respetable *muerta*: En este pequeño volumen publico la odisea que compendió tu vida de martirios: no quiero apropiarme de la publicación ni méritos ni fracasos.

Tuya es la obra, y a ti corresponde de lleno el inapelable fallo del severo lector; por eso quiero a la vez ofrecerte el trabajo.

¿Que tú sólo escribiste para una persona?

Como habrás leído integra la poesía á que pertenece la estrofa que cita el Día II de tu cuaderno, transcribiré yo de la misma composición esta otra estrofa:

“¿Qué sér alguna vez no esperó en vano

Algo que si se frustra mortifica?...

Misterios que al papel lleva la mano

El tiempo los descubre y los publica.”

Alguien llamó á los que escribían en verso vates, porque vaticinaban lo futuro, y hoy en esta publicación, lleva su verosimilitud la profecía que en los anteriores renglones encarnó el poeta.

Acaso fuesen estas aseveraciones como el recurso de una disculpa, aunque bien considerado, no cabeñ excusas para quien como tú, cumplida ya la suprema ley á que la humanidad está sometida, vive una vida de tan absoluta verdad.

La mentira y el dolo, y el engaño y las maquinaciones se quedan aquí para los que vivimos esta otra vida de interminables comedias.

Por eso, aunque yo quisiera formular descargos por el hecho de remover tus callados despojos, tú no los aceptarías ni te serían necesarios por estar viendo mi interior desde esa clarovidente esfera en que estás colocada.

En ella permanece tu cuerpo confundido entre las obscuras sombras de la materia universal que te dió forma transitoria; pero tu genio alentador y espiritual, consciente siempre, vive y obra aún: por él tu misión no ha terminado.

Ahora no te volverás á las auroras y á los ocasos para saludarlos, porque siempre tienes sol; ahora no remontarás tu vuelo por entre selvas doradas ó por entre bosques románticos, porque en esa altura inconmensurable en que moras todo es paz y quietud; ahora no sentirás fiebres, ni insomnios, ni desmayos, ni desconciertos, ni turbaciones, porque bebes la luz á raudales...

¡Oh mágico templo de un culto de cultos!.. ¡Oh armonías maravillosas de un cantar de cantares!.. ¡Oh fuerza ignota, irresistible, innominada, de un amor de amores!...

Caíste, porque trazabas peregrinas y escarlatas líneas arquitectónicas de un gigantesco edificio sobre las bases inseguras de fugaz aire, de desvanecidos humos, de crepúsculos vagos, de espumas inestables; y caíste cuando en tu pecho estalló la efervescencia del olvido, la brasa destructora de los celos, de las angustias, de la ausencia; cuando se disiparon tus alegrías y tus ensueños; cuando ya no conservaba tu corazón ni aquella lágrima fiel que siempre se tiene reservada para los instantes de dolor.

Ya lo ves: nadie juzgará con intransigencia ni demasiada severidad tu obra. Yo me he atrevido á exponerla al público por entenderlo así: á cualquiera le bastará sa-

ber que amaste de verdad; que el ciego niño obra y habla á veces de modo incongruente, para que te traten con benevolencia; y aún existiendo en tí culpas ó pecados, te salvaria aquella sublime y espléndida sentencia del Hombre-Dios:

"Levántate, mujer, yo te perdono"

Porque tu alma estaria purificada en el amor.

Despierta, pues, pálida y demacrada muerta de tu eternal sueño y no seques ni marchites esa exótica y rara planta que en tu alma cultivabas; reviva de nuevo tu corazón á la vida sensitiva de la sana pasión que alimentó tu pecho; no se humedezcan tus ojos ni cruces tus manos suplicantes bajo los golpes inclementes y rudos del huracán, que del mismo tallo que el invierno hiere y desgaja, brotan en llegando la regeneradora y alegre primavera *pletóricos* y *núbiles botones* de nuevos y más lozanos retoños.

Levanta, sí; y si en tu alma, ahora pura y libre de nieve y de barro, adviertes la vanidad de los amores que pasaron; si postrada luego en súplica pia dentro del infalible templo que ahí has conocido, escuchas después el consolador *miserere* de un mundo invisible, lejano é infinito, habrás entonces limpiado tu campo de crueles malezas.

Y entre tanto, generosa y nunca olvidada *muerta*, acepta este pequeño trabajo, inspirado en tí y obra tuya, como un manojito de azuladas y húmedas violetas que depositara en la tumba donde yacen tus despojos y que ellas sean el testimonio sincero de mi constante recuerdo.

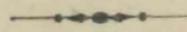
JOAQUIN HERRERA ALVAREZ

Las Palmas. 1910.





# PRÓLOGO



He leído con creciente interés y verdadera complacencia este trabajito literario, en donde su autor revela sentimientos muy delicados, imaginación rica é ingeniosa y un entendimiento tan experto y sutil en las luchas del corazón humano, que con él penetra, sin romper sus entretelas, en su misterioso fondo.

Si continúa el Sr. Herrera sin desmayo el camino que ha emprendido, sin abandonar jamás el báculo de la Religión, ocupará, sin duda, honroso puesto en la República de las Letras.

Así lo desea su amigo y paisano.

Bias Hernández  
*Deán de Canaria,*

*Las Palmas, Abril de 1910.*

# PRÓLOGO

He leído con creciente interés y ver-  
tiginosa complacencia este trabajo. El  
autor, por donde en él se revela, es un  
pensante muy diligente, imaginación  
y a grandes y un entendimiento  
claro y sutil en las luchas del  
orden humano, que con el poeta, sin  
perder sus entretelas, en su interior  
lucha.  
Si continúa el Sr. Herrera sin des-  
mayar el camino que ha emprendido,  
sin abandonar jamás el báculo de la  
lógica, ocupará, sin duda, pronto  
puesto en la República de las Letras.  
Así lo desea su amigo y paisano:

Bosch Hernández  
Calle de Corrientes

Las Palmas, febrero de 1919



## A orillas del Guadaíro.

**E**n un agreste y selvático pueblecito asentado en la falda de un monte, entre abruptas peñas y salientes riscos, perteneciente á una de las más encantadoras provincias de la antigua Bética, me hallaba, hace ya algunos años, por efecto de una de esas inevitables y extrañas mudanzas por que atraviesa el hombre en este mundo.

Al principio se me hacía allí la vida aburridísima. Hasta media docena de amigos solamente podía contar con quienes pasar el rato en un arruinado tabernucho, y eso no todos los días por tener mis contertulios que dedicarse á sus peculiares tareas de labranza.

Entonces, cuando me encontraba solo, subía hasta la cima de la montaña donde estaba enclavada la población, desde cuya considerable altura, semejante á una pirámide, dominaba un fertilísimo valle regado por el río Guadaíro, y alcanzaba á divisar todo el vastísimo campo de Gibraltar, siempre alegre y siempre risueño, cuya contemplación me hacía consumir muchas ho-

ras del día evocando recuerdos históricos que ahuyentaban mi fastidio.

Y realmente, que pocos lugares como aquel presentarán á la vista del observador un panorama tan extenso como fecundo en acontecimientos notables de todas las épocas.

Infinitas razas habían dejado por allí las huellas de su paso.

De innumerables y remotas epopeyas me hablaban las columnas de Hércules que magestuosas, y envuelta en brumas la más lejana, se elevaban proclamando la fortaleza de un valeroso Midácrito; el llamado Peñón de Gibraltar á cuyo pié se ocultan las ruinas de la antigua Carteya; el Estrecho por donde pasaron en el transcurso de muchos siglos las primeras naves fenicias que se dirigian á las ricas Casitéridas, y sucesivamente, con carácter comercial á veces, á veces en son de conquista, las griegas, las cartaginesas, las romanas, las francas, las vándalas, las árabes...; el lugar que señala próximamente, la destrucción del imperio godo; Algeciras, la gran ciudad mahometana, patria del célebre Almanzor; Tarifa, cuyas altas murallas hizo famosas la abnegación de un Guzmán el Bueno....

Así pasé algún tiempo deleitando mi vista y proponiéndome variadas excursiones, cuando una noche comuniqué á mis amigos de la localidad la precisión en que me veía de abandonar aquellos maravillosos lugares.

Ellos mostraron pesadumbre por la ausencia que les anuncié, ya que encontraron en mí, desde el mismo día en que llegué una amistad franca y leal.

—¿Y aún tardará muchos días en marchar?— me preguntó uno de ellos.

—A lo sumo, cuatro ó cinco, que es el tiempo en que volveré á recibir nueva carta indicándome el lugar á que he de dirigirme.

—Pues entonces—continuó mi interlocutor— iremos pasado mañana que es domingo al campo á despedirnos allí con un almuerzo.

—Aceptado!—exclamé contento por el entusiasmo que siempre me han inspirado esas reuniones en compañía de buenos camaradas.







## Excursión á La Cueva del Sol

A las seis de la mañana del día prefijado llamaron á la puerta de mi dormitorio.

Todo estaba dispuesto para marchar.

El lugar señalado para la reunión era una finca denominada "La Cueva del Sol," distante del pueblo unos ocho kilómetros.

En los caballos en que haríamos el recorrido se invertirían poco menos de dos horas, pues que el terreno accidentado que habíamos de atravesar no nos permitiría apresurar más la marcha.

El paso por aquellas montuosas veredas de la vertiente del Guadairo, en una mañana primaveral como la que llevábamos, era encantador.

Las elevadísimas encinas y legendarios alcornos que poblaban el terreno, cuyas hojas susurraban tenuemente frotadas por impelirlas un ligero y fresco vientecillo de sierra, saturado del agreste olor de las campestres yerbas; las rizadas y movibles ondas que formaban las aguas que corrian por el fondo del barranco, y un claro amanecer cuya rompiente de luz filtraba sus ra-

yos en medio de la tierra haciendo brotar en ella nuevos gérmenes de vida, extasiaban mi alma sumiéndola en gratos ensueños de amores venturosos.

Ibamos cinco, y todos cantábamos inundado nuestro pecho de la misteriosa alegría que nos comunicaba aquella espléndida y nunca soñada naturaleza.

Un buen trecho seguimos caminado por las mismas márgenes del río donde bajamos, cuando uno de mis compañeros llamó mi atención diciéndome:

—Ya se divisa desde aquí el sitio donde nos dirigimos. Mírelo á nuestro frente en aquella pequeña meseta que se eleva á orillas del río. La casa aún no se vé, porque la ocultan todos esos árboles.

—El lugar parece agradable—repuse.

—Precioso, ya vera! Es donde mejor pudimos estar, no sólo por lo pintoresco del terreno, sino también porque la mujer del colono que ahí habita es una excelente cocinera y ella nos sabrá preparar un exquisito almuerzo con los comestibles que llevamos. Esto mismo ha sucedido ya muchas veces por tratarse de una familia sencilla y buena á toda prueba.

En esta conversación llegamos á la puerta de la casa después de atravesar por entre una colosal bóveda que formaban potentes y gruesas ramas de corpulentos castaños.

Al tropel de nuestras cabalgaduras salieron á recibirnos dos tremendos perros de fiero aspecto seguidos de unos cuantos muchachos que los sujetaban; y conseguida la tranquilidad de los canes, bajamos de los caballos y nos acercamos á una mujer, ya madura, que allí, junto á la puerta, parecía esperarnos.

—Dios guarde á V., señora Maria—dijeron casi á coro mis cuatro camaradas saludando á la campesina.

—El venga con vosotros—contestó ella devolviendo el saludo.

—Ya vé cómo nos acordamos de V. y venimos á visitarla—agregó otro.

—Si; se conoce que tienen Vds. buena memoria—dijo la señora Maria.

—Y tío Curro?

—Enseguida irá un muchacho á buscarlo. Hace poco salió; hoy tiene que regar y fué á preparar la tierra.

El portador de los viveres entró á la casa para hablar con la mujer, y los demás nos dirigimos, seguidos de uno de los chicos, á llevar las bestias donde pudieran comer.

De regreso, nos invitó la colona á que descansásemos dentro de su vivienda. Era esta un edificio formado por dos pisos de construcción ni modesta ni elegante; pero amplia y cómoda y su interior esmeradamente limpio y aseado.

El exterior era también muy agradable: á cada lado de la puerta formaban semicírculo dos bajos muros de mampostería que servían para asientos; y desde la altura de la ventana del piso alto daba fresca sombra un tupido enramado que formaban las festoneadas hojas de dos hermosas parras.

Después de un momento de reposo en que fui presentado á la buena mujer, salimos á visitar los alrededores de aquella especie de paraíso circundado de bonitas huertas de naranjos, perales, higueras y otros mucho árboles frutales, algunos de plátanos, chirimoyos y tamarindos por la ribera del río.

—Iremos también al Mirador?—interrogó uno de los excursionistas.

—Vamos,—contestó otro—aunque yo perdonaría lo alegre de su vista por no tropezar ahora con recuerdos de muertos.

Quise preguntar al que habló lo que querían decir sus palabras; pero ya en camino, dejé la explicación para el mismo lugar.

Retrocedimos de la dirección que antes seguíamos para llegar más directamente al sitio nombrado; y al pasar por frente á la casa y divisar por allí á su moradora la dijo uno:

—Ahora vamos al Mirador, señora María.

—Si?—prorrumpió ella—pues no se vengan de allí sin rezar un Padre-nuestro por el alma de la señorita, que Dios os lo pagará.



## Una visita al Mirador

Poco más de cien metros desde la casa anduvimos por una ancha calle que formaban dos hileras de espesos y frondosos eucaliptos, perfectamente alineados y cuyas altas y flexibles ramas mezclaban sus puntiagudas hojas formando una alegre é irregular bóveda de verde encaje, cuando llegamos al lugar que nos proponíamos.

El Mirador estaba rodeado de una muralla circular, y en el arco correspondiente al fondo del camino que á él conducía se elevaban dos columnas de cantería separadas como cinco metros, cuya distancia ocupaba una fuerte y pintada verja de hierro.

Reclinado sobre la verja ó sobre los muros que seguían á las columnas se hundía la vista perpendicularmente por un inmenso acantilado como cortado á pico de profundidad de unos treinta metros, por cuyo fondo corría el agua mansa y tranquila á los pies del observador.

A uno y otro lado del lugar, y en la montaña que formaba la opuesta margen del Guadaíro,

de suave y pequeña inclinación, se mecían blandamente las más elevadas ramas de seculares arbores silvestres, por entre cuyo follaje se divisaban, ya una blanca casita del valle lejano, ya un verde trozo de terreno cultivado, ya reducidas áreas del vasto confin del Mediterráneo todo lo cual dábale el seductor aspecto de un bosque encantado.

Y si en tal magnitud embargaban los ánimos con paroxismos deleitables de poesías vagas y de ensueños orientales las vistas exteriores, no eran menos vivas las impresiones de melancolias infinitas, de sombras eternas y de quietudes celestiales que ofrecía al alma la vista interior del Mirador.

La casi circular extensión que lo formaba, era tapizada de una verde alfombra de musgos, salpicada de blancos copos de margaritas y de ardorosas amapolas rojas que á veces se entrelazaban con largas hebras de grama á los pies de rústicos asientos de madera.

Todo su contorno estaba poblado de grandes álamos cuyas anchas copas formaban monumentales abanicos, y en el centro se alzaba una blanca cruz de piedra, perfectamente cincelada, en cuyo pedestal, casi oculto por las yerbas que lo envolvían leímos trabajosamente un nombre de mujer y debajo una inscripción que decía: "Rogad por su alma".

La cruz estaba encerrada en una reja de figura rectangular cuyos hierros los hacían apenas visibles infinitos geranios melancólicos, apenadas caléndulas y tristes jazmines amarillos que se enredaban entre ramas de desgraciadas zarzas y de crueles ortigas; por los brazos de la cruz se inclinaba doliente, sus alas replegadas, el ángel del dolor, y en cada esquina del paralelogramo lloraban, desgajadas sus ramas como de rodillas, deconsolados sauces y fúnebres cipreses....

¡Oh, qué efecto más amargo producía aquella muda y solitaria tumba en medio de las sanas brisas de un respirar risueño y plétorico de vida!..

Cuando mi espíritu formaba sus más angustiosas filosofías, se acercó á mi el que hubiera perdonado aquella visita, y me dijo:

—¿Verdad que esto hace echar por tierra las alegrías que aquí se traigan?

—Realmente—le contesté—que no es posible mirarlo con indiferencia.

—Y cuentan que esta muchacha era hermosísima y virtuosa en extremo.

—Lo que no deja de llamarme la atención—prorrumpí—es que haya sido aquí enterrada.

—A lo que tengo entendido la sepultaron cumpliendo una voluntad suya; pero á los pocos días trasladaron sus restos al cementerio de la ciudad. Todo eso es una amorosa historia que

sólo conoce la señora María.

—Pues yo escucharía de buena gana su relato.

—Aquí creo que nadie se haya ocupado en averiguarla por hacer ya mucho tiempo que su cedió y por la honda tristeza que afecta á la colona su recuerdo; pero si á V. le inspira interés, acaso logre enterarse. Lo que en estos alrededores sabemos todos es que frecuentemente viene aquí á pasarse largas temporadas el dueño de la finca que es padre de la difunta con otras hijas que aún le quedan, y que todos pierden muchas horas al lado de esta cruz.

—Y V. cree que la señora María me referirá lo acontecido?—interrogué á mi amigo.

—Ocasión de preguntarle no faltará á V. al menos.—me contestó.

—¡Señores!—exclamó uno de los excursionistas mirando su reloj—Ya son las once y media, me parece que debemos irnos acercando á la casa.

—Desde aquí percibo un olorcillo que me está abriendo el apetito—agregó otro.

—Pues vamos.—dijimos los demás.





## El almuerzo

Cuando empezaron á alejarse los primeros que lo hicieron del Mirador, no pude resistir el deseo que sintió mi alma de cumplir el encargo que al pasar por la casa de la campesina nos hiciera esta, y descubriéndome oré un poco.

No sé porqué asaltaron entonces con mayor intensidad á mi espíritu presentimientos de vagas tristezas, y no acertaba á hallar la causa del oculto dolor que atormentaba á mi alma el separarme de aquella fría mansión de la muerte.

Todos mis compañeros reían gozosos mientras yo permanecía siempre sumido en hondas é incomprensibles nostalgias.

El más previsor de ellos, y también el más perspicaz, se acercó á mi y me dijo:

—Ya ve con cuanta razón dije yo que perdonaria las hermosas vistas del Mirador, á trueque de no encontrarme con recuerdos de muertos, porque son cosas que dejan siempre alguna huella.

—Acaso lleve V. razón—le respondi sin tratar de reprimir mis impresiones y sensibilidades.

Llegamos á la casa donde ya el tío Curro nos aguardaba, y su mujer nos dijo que en aquel momento se disponia á mandar un muchacho que nos buscara, porque el almuerzo estaba preparado.

No poco trabajo costó á mis amigos hacer que el colono se sentara con nosotros á la mesa, y una vez conseguido empezaron á servirnos.

La fama de excelente cocinera que gozaba la señora María no la habia adquirido por mero antojo de sus convecinos. El arte culinario era su fuerte, é indudablemente que ante aquellos humeantes platos preparados por ella, habia de surgir un Heliogábalo de cada comensal.

Yo, sin embargo, comí poco: mi esófago se resistía á dar paso á los alimentos, y sobre mi pecho sentia una opresión fatigosa y tirana.

El orgullo de inimitable cocinera de la campesina estaria seguramente resentido de mi inapetencia, porque á veces fijaba en mí plenamente sus ojos y no se atrevia á decirme una palabra.

Los demás me animaban con su ejemplo á la gula.

Así pasamos cerca de dos horas, hasta que terminada la comida y levantados los manteles pidieron todos almohadas y mantas á la dueña de la casa, y fueron á dormir la siesta bajo los árboles.

El tío Curro marchó también á regar, opera-

ción que según dijo, era imposible de todo punto dilatarla; pero ofreció que antes de nuestra marcha estaría de vuelta.

Los muchachos acompañaron unos al padre, otros siguieron á los huéspedes, y yo, que aún permanecía junto á la mesa apoyando en ella un codo, me encontré frente á la señora María que se sentó cerca de la puerta á coser.

Ya que la colona terminó sus tareas *postculinarias*, escogió sin duda aquel lugar con objeto de averiguar las causas que me impidieron comer más.

Quizá ella no concebiría que por aquellos alrededores hubiese uno que no se sintiera atraído á sus preparados de cocina, y observé que constantemente miraba hacia mí con deseos de preguntarme algo.

Yo, á mi vez, estaba también deseoso de interrogarle sobre la historia que motivó la sepultura que visitamos; y cuando ya buscaba la manera de empezar á hablar se adelantó ella diciéndome:

—Pero es que está V. malo?

—No me ha dejado muy bueno la llegada al Mirador.—le contesté.

—Porqué?

—Esa tumba que en él hay me ha afectado hondamente.

La mujer estaba muy lejos de mi salida: pri-

mero me miró con extrañeza y luego me preguntó tristemente:

—¿Acaso conocía V. á la señorita Cela?

—No; no la conocía; pero la circunstancia inesperada de ese encuentro en lugar tan lleno de vida y tan apartado y oculto, me hace presentir en la finada una existencia llena de pesadumbres.

—Ah! si señor... ¡Si V. supiera cuánto sufrió la pobrecita!...

—Algo daría por conocer la historia. La sola vista de esa cruz en el paraje en que está colocada, me ha interesado hasta el punto de privarme de almorzar.

No pude haber lanzado un argumento de más efecto.

La razón era irrefutable y probada, y la señora María, enjugándose una lágrima contestó conmovida:

—¡Es verdad!.. ¡Usted debe ser muy bueno

Mis pretensiones no eran, ciertamente, las de hacer méritos ante la colona; pero deseoso de saber lo sucedido, aproveché los momentos favorables y repuse:

—Yo espero que V. lo sea conmigo dándome á conocer las causas que motivaron los sufrimientos de la señorita Cela. Tengo deseos grandísimos y vehementes de conocerlos, y hasta me dispondría á hacer el sacrificio que V. me exigiera en cambio de referirmelos, porque de otro

modo, inventando espeluznantes acontecimientos, no me daría un momento de reposo mi exaltada imaginación.

La sencilla campesina me miró con los ojos húmedos, expresándome gratitud por mi sincero interés, y poniéndose de pié subió al segundo piso sin contestarme.

Pocos minutos transcurrieron cuando apareció con un precioso estuche de regulares dimensiones que colocó sobre la mesa, y abriéndolo con la misma llave que tenía puesta la plateada y diminuta cerradura de la caja, sacó de su interior un libro que puso en mis manos, volviendo ella á sentarse para seguir su interrumpida tarea.

El cuaderno que la Sra. María me entregó estaba escrito por una letra uniforme y clara de mujer, y apenas abierto, conocí que era un Diario.

En su primera página había adherido un papel bromuro con el retrato de un hombre á quien supuse estaría dedicada la lectura.

La fotografía copiaba un joven elegantemente vestido con sombrero flexible de copa partida y sobretodo negro: de una mano llevaba bastón y de la otra los guantes, sueltos los dediles. Diríase que era un tenor de ópera saliendo del Teatro en una noche de fresco otoño.

Su porte era gallardo y distinguido. De su cara, casi ovalada, destacábanse unos ojos más grandes que pequeños y de mirada intensa y ex-

presiva rodeados de corridas cejas y largas pestañas. Sobre sus labios, un tanto gruesos, se perfilaba un partido y pequeño bigote de guias enhiestas, y de debajo del sombrero, seguian la curva de las recogidas alas abundantes cabellos que se adivinaban blondos.

Ya que me hube fijado bien en la persona á quien iba dirigido el escrito, busqué por todo el cuaderno la figura de quien lo escribió; pero no habiéndola hallado, comencé á leer lo que á continuación copio:





# Diario de una amante

DIA PRIMERO

*12 de Abril*

Aunque estaba plenamente convencida del viaje que realizaría hoy á esta, creí que mi salida habria de prolongarse hasta la tarde y que aún te vería otra vez antes de partir.

Abrigando tales esperanzas, figúrate el efecto desastroso que causó en mi ánimo la llegada de Anselmo con el coche que habia de conducirme hasta el pueblo de B. donde dijo que ya nos esperaban las caballerías, cuando aún no eran las once de la mañana.

Tuve propósitos, de sublevarme, de resistirme á salir de la ciudad, de gritar que yo no quería ir al campo; pero recordé que la noche antes me hiciste prometerte que no aplazaría la hora de salida que en mi casa decidieran, y esa promesa me contuvo.

Me despedí, pues, de mi padre y de mis hermanas, y auxiliada de Maria, la compañera con quien compartiría en adelante mi soledad, como hasta aquí he compartido mis pesares, subí al vehiculo con el pecho oprimido como si unas manos de hierro trataran de ahogarme; y una honda pena invadió mi sér al alejarme del lugar donde tú quedabas.

Mi pensamiento no podia estar más que en ti, y me torturaba la idea de pasar una temporada sin verte, sin tener la dicha de estar á tu lado, ya que esa es la única que puedo sentir, pues que sin ti la vida me es del todo indiferente.

El viaje desde B. lo hice con bastante molestia bajo un sol que abrasaba mis sienas y á través de un fuerte viento que me impedía la respiración.

Anselmo no cesó durante el camino de referir cuentecillos que en otra ocasión me hubieran hecho reír; pero que en esta más me entristecían que deleitaban.

Cuando dimos vista á la casa donde habia de albergarme, no tuvo límites mi congoja; ya tocaba la realidad. Mientras duró el viaje, todavía no me daba cuenta exacta donde iba; creia que volveria, que salí á pasear, y por eso fué mayor mi decepción.

Apenas hube bajado de la bestia me entré que estaba algo enferma la hija del colono, y que

al siguiente día saldría con el padre á la ciudad á consultar al médico.

¡Ir á la ciudad donde tú quedabas!

¡Qué dichosa iba á ser ella en medio de su malestar!...

Me senté en los poyos de la puerta, y á mi lado vinieron é darme compañía la muchacha enferma, su madre y una tia de esta, mientras que Maria se ocupaba en instalar nuestras habitaciones.

Mis acompañantes, visto mi abstraimiento, me hablaron de muchas cosas y de ti en particular. Me dijeron que no me quedara la menor duda de que tú vendrias por aquí cuando menos lo pensáramos, y yo llegué á preguntarme: "¿Porqué me hablarán tanto de él?"

En esto me llamó Maria para que viera mi cuarto, y al pasar junto á un espejo y ver en él retratada la mortal palidez que cubria mi rostro, hube de sonreirme por comprender entonces la causa que inspiró á aquellas buenas campesinas el hablarme en los términos que lo hicieron.

Después que expresé á Maria mis deseos, me retiré de la vivienda á dar un paseo por donde no viéndome nadie pudiera yo dar libertad á mis sentimientos, y al mismo tiempo, porque queria ver la puesta del sol y enviarte envueltos en aquel crepúsculo, no una sonrisa como me dijiste, sino mis pensamientos constantes, todos los latidos de

mi corazón, y mi alma entera, que del fondo de ella parte mi cariño.

¡Ya lo ves!...

He venido aquí para mejorarme, buscando la salud perdida, y tú mismo no has querido comprender que no puedo encontrar lejos de ti lo que á tu lado me faltare, y que aunque estemos separados, me será imposible dejar de ver en cada objeto, en cada lugar, un recuerdo tuyo.

El sitio mismo donde me dirigí trajo á mi memoria aquel venturoso día en que juntos dimos el primer paseo, cuando divisamos este mismo río próximo á su desembocadura.

Aquí lo tengo más cerca; las vistas que ofrecen estos campos son más bonitas, y sin embargo, entonces tuvieron para mí más atractivos estas mismas aguas.

Cuando mañana me levante, me dirigiré á este mismo lugar. Voy á hacer que lo adornen un poco, y lo llamaré el Mirador.

¡Me agrada tanto!...

Pero estos encantos no los tendria si tu recuerdo no les diera vida; si tú, con ese afecto tan profundo que has sabido inspirarme, no lo embellecieras; pues ¡créelo! yo que me consideraba, sino insensible, incapaz al menos de abrigar un cariño tan infinito, me encuentro con que es tan grande el que por ti siento, que basta con que me mires para que mi alma, impulsada por la

fuerza que la tuya le comunica, se eleve hasta llegar á Dios; y desde aquella altura contempla la dicha de que se encuentra poseida....

Poco después de ocultado el astro del día llegó á buscarme la que nunca me abandona y regresamos á la casa donde encontré al colono y á los hijos de vuelta del trabajo.

Los más pequeños corrieron al verme, y tuve necesidad de ir yo misma á buscarlos para que se reconciliasen conmigo. Después estuve hablando largo rato con la familia del labrador sobre la enfermedad de la muchacha.

Me siento muy fatigada. He comido poco. Siguiendo los consejos de María voy á acostarme, y aunque no tengo sueño, pensaré en tí y rezaré hasta quedarme dormida. Adiós.



## DIA II

*13 de Abril.*

Hoy me levanté un poco triste y me encaminé hacia el Mirador como ya, desde ayer, me propuse; y en llegando, escuché unos sonidos dulces y vibrantes que robaron mi alma.

No sé porqué quise relacionar aquellos tonos contigo, y quedé atenta á ellos, por parecerme que tras de ellos te vería; pero la realidad vino que á quitarme la dicha que ya soñaba: por las márgenes del río ví dos muchachos que arrancaban esas notas á un instrumento hecho con ramas de castaño.

No obstante la decepción sufrida, quedé mirando á los chicos hasta que desaparecieron por entre los árboles; entonces, instintivamente, me puse á contemplar las aguas del río á través de las cuales quise también descubrirte.

¡No puedo dejar de pensar en ti!

¡Como quieres mi único consolador espíritu sobre la tierra!

Por eso sufro: sufro hasta partirseme el corazón á pedazos cuando me asaltan esas destructoras dudas por las que pienso que no me quieres como yo necesito que tú me quieras; cuando creo que en ocasiones vés donde yo estoy como el que vá á

cumplir con una obligada amiga y pretende terminar pronto; cuando he comprendido que á veces te hastias de mí y te encuentro como molesto ...

¿Porqué obras así conmigo?

Cuando te hallas en ese estado ¿porqué no eres franco?

Comprendo que no me puedas querer como por ejemplo á la primera mujer á quien quisiste; que los desengaños que dices has sufrido con las de mi sexo te hagan no creer en otras; pero no me explico que á mí me conceptúes como á las demás y no te des cuenta, cómo yo, que no he querido nunca á nadie, me he impresionado de verdad al conocerte; cómo yo, á quien el mundo ha sido antes del todo indiferente, he encontrado en tí una alma grande como la de mis ensueños en donde depositar todos mis afectos.

Y por eso sufro: porque al encontrar esa alma veo que ella no está por completo abierta á mí.

¡Qué cambios más opuestos he advertido en tí pocos días!

Cuando al empezar los primeros albores de esta pasión que hoy me consume dejé una vez de acudir al lugar de nuestra cita, recibí un papequito escrito por tí en el que me decias: «¿Tú sabes á lo que equivale el quitarme un momento de estar á tu lado? Pues equivale á quitarme la única dicha que me sostiene en mi vida de aburrimientos».

¡Y ahora no te ocurre eso! ¿verdad?

Ahora demuestras que el momento ese que estás á mi lado te sirve de otra especie de aburrimiento que completa el que te proporciona tu vida.

¡Cuánto me haces padecer en ocasiones!

Yo quiero que en vez de ponerte taciturno y meditabundo como te pones, me digas cuanto pienses y cuanto sientas, por si está en mí la causa de tu enojo poner remedios oportunos y si es algún falso concepto ó duda lo que te asalta, llevarte al convencimiento disipando esas ideas.

Yo deseo más que el mío tu bienestar; porque estando tú satisfecho y contento lo estoy yo también; porque en ti lo tengo todo y sin ti no tengo nada; porque á tu lado sería yo siempre feliz y fuera de ti no sabré á qué pueda dársele el nombre de felicidad.....

Cuando á mi mente acuden en macabro tropel todos estos conceptos, no puedo dejar de llorar y recuerdo como un sueño vago aquellas tranquilas y serenas horas de mi vida en que aún no te habías interpuesto en mi camino.

¿Porqué te conocí?

Yo sufro callada, ocultando mis lágrimas cuya causa nadie me comprendería y estas constantes inquietudes y este continuo aniquilamiento de mi alma acabará conmigo.

Qué juicio más acertado el del poeta que escribió:

«Dicen que las mujeres sólo lloran  
«Cuando quieren finjir hondos pesares:  
«Los que tan falsa máxima atesoran  
«Muy torpes deben ser ó muy vulgares.»

Tan vulgares, que no se darian cuenta el por qué quemaban mis lágrimas hasta hacerme surcos en las mejillas.....

Pero Dios mio, ¿porqué pienso todo esto?

Quiero desechas tales ideas y no puedo.....

Nuevamente percibi los sonidos que los muchachos sacaban hábilmente al rústico instrumento y quedé sumida en un estado de éxtasis del que Maria me sacó para que marchara á almorzar

El resto del dia lo pasé atendiendo á algunas jóvenes de otras casas inmediatas que vinieron á visitarme, y por eso no pude volver al Mirador.

Maria tampoco quiso separarse de mi temiendo que yo hubiese empeorado según la expresión que observó en mi rostro.

Pensando siempre en ti, y exitada por las impresiones del dia, me sorprendió la hora de dormir.

El cielo quiera que mañana lo pase más tranquila. Adiós.

## DIA III

*14 de Abril*

Esta mañana tuvo necesidad Maria de despertarme.

Me hallaba bajo la acción de una funesta pesadilla que, así dormida, me hacia llorar.

Cuando abrir los ojos encontré muy extraño el dormitorio. No sé lo que pasaba por mi.

Más tarde quise ir al Mirador; pero Maria se empeñó en acompañarme, y como estando ella junto á mí me distrae y no puedo dar curso á mis pensamientos, decidí quedarme en mi alcoba.

Poco más de una hora transcurriría desde que me levanté al llegar una de las muchachas que me visitaron el dia anterior con empeño de que fuese hasta la casa de ella para ver unas flores.

Primero me excusé; pero fué tal la insistencia de mi nueva amiga, á la que Maria unió sus ruegos, que hube de salir con las dos.

Las flores que mi vecina me enseñó estaban muy cuidadas por ella misma, en un jardincito frente á la puerta de su casa.

La muchacha cortó una hermosísima rosa que me ofreció.

Al cogerla en mis manos recordé que uno de los encargos que me hiciste fué el que te guardase el pétalo de una de las flores que en cual-

quiera vez colocara sobre mi pecho, y este recuerdo dió lugar á que acudieran á mi mente muchas y muy encontradas ideas.

Entonces te me apareciste franco, sincero, afectuoso, enamorado y no comprendia cómo en ocasiones te mostrabas de tan distinto modo de ser, reservado, huraño, frio, discolo, como contrariado y arrepentido de haberte puesto en relaciones conmigo y evitando mi conversaci3n hasta hacerte en presencia mía el distraido, cuando por naturaleza eres tan atento.

Tú no me negarás que quien bien quiere no hace cosa semejante.

Yo misma que si soy apática é indiferente, hasta el punto de que á veces pasan junto á mi mis mejores amigas sin que me dé cuenta, pasas tú en cambio, y aún no estás al alcance de mi vista cuando ya te siento; y es que mi alma está contigo y con sólo que tu te muevas aun en ausencia mía apercibo tu movimiento.

A ti no te ocurre lo mismo ¿verdad?

He podido convencerme que tienes para muchas personas iguales finezas é iguales palabras que las que usas conmigo.

¿Crees que eso puede serme indiferente?

*De ningún modo; pues que así me demuestras que esos actos tuyos están ajustados á tu genialidad; que ese lenguaje amoroso, galante y arrobador que me dedicas es la consecuencia ló-*

gica de tu carácter y no de un amor infinito, grande y profundo como me hiciste concebir en tí.

Y apropósito de tus finezas: ¿sabes que las mujeres somos muy desgraciadas en ese sentido?

A las que verdaderamente queremos, nos comparais los hombres con las que siendo coquetas y volubles su vanidad las hace presentarnos un sentimiento que no poseen, y que sin embargo ellas saben utilizar hasta conseguir el objeto que se proponen.

¿Porqué compararlas á todas?

Luego, si la mujer que amais se atreve á hablar de otro hombre á quien guarda una sencilla amistad, os irritais, os encolerizais, y no hay medios humanos de haceros entrar en razones, en tanto que vosotros os tomais la libertad absoluta de expresaros á vuestro antojo en favor de otra mujer, guardándolas á todas idénticas atenciones que á aquella que os ama con un cariño inmenso, sin tener en cuenta el efecto desastrosos que á esta última hacen vuestras frases y vuestras acciones.

¡Oh egoismos humanos!

Pues bien; por mi parte te diré: que yo soy también egoista hasta la exageración; que no me puedo conformar á ser para tí una de tantas; que lo mismo que te pertenece mis afectos, mis sentimientos, toda mi alma, quiero que los tuyos sean

absolutamente míos, ¿entiendes? y si tú consideras que no puedes llegar á ese extremo quiero que seas lo suficientemente franco conmigo, como yo lo estoy siendo contigo; porque ¡es imposible! no puedo quedarme en un término medio, ni quiero ni puedo consentir tampoco que me muestres un afecto que no sientas por el sólo hecho de habérmelo ya prometido; que yo, ocurra lo que ocurriere, sabré sufrir en silencio, sin reprocharte, hasta la muerte.

¿Tú no sabes que mi corazón late porque tú quieres que lata, y que nada me importaría esta vida si con mi muerte labrara tu dicha?

Mira: quizá creas que estoy delirante, puedes calificar mi estado con la palabra que te parezca; pero ten entendido que llegaría al sacrificio tratándose de ti.

Ya lo sabes: no quiero que las promesas que me tienes hechas sean obstáculos á tu libertad de acción, á que busques la felicidad donde creas encontrarla, pues que la mereces por tus dotes.

¿Querrás creer que mirando la flor que aún conservaba en mis manos y que humedecí tras de estas reflexiones con lágrimas que cayeron de mis ojos, no me di cuenta que María no apartaba su vista de mí?

Me dijo mi fiel compañera que nos retirásemos; que la palidez que cubría mi rostro era de una intensidad aterradora, y me advirtió la neces-

sidad de que guardase cama; pero la muchacha que fué á buscarme la dijo que habíamos de almorzar allí.

Aceptamos la invitación, y cuando aún no nos habíamos levantado de la mesa, llegaron otras vecinas más que rivalizaban en hacerme agradable la compañía de ellas.

Así llegó la tarde cuando regresé á mi casa, y al pasar junto al Mirador entré en él.

No quise dejar transcurrir el día sin visitar ese lugar de mis delicias.

Llegó la noche que era iluminada por una espléndida luna, cuya luz, casi tibia, rielaba en las aguas del río formando una plateada faja de pequeños lucerillos que evocaron en mi mente gratisimos recuerdos; pero María no cesaba su charla en el tiempo que permanecíamos allí, y como los encantos del Mirador éste me los ofrece cuando estoy yo sola en él, aunque contrariando mi deseo fui yo esta vez quien dijo á María que nos retirásemos á dormir.

Estoy muy impresionada y nerviosa: tengo deseos de llorar mucho...

Tu recuerdo no se aparta un instante de mi. Adios.

## DIA IV

*15 de Abril.*

Al despertar esta mañana, no sé por qué extraña coincidencia llevé impensadamente mi vista al Crucifijo que está colocado á la cabecera de mi cama, y quedé un buen rato observando aquella actitud generosa de dolor y de perdón que me hizo formar muchos similis y brotar algunas lágrimas de mis ojos.

María llamó hoy también á la puerta de mi cuarto para preguntarme por la salud, y entonces comencé á vestirme: sin duda mi compañera escuchó algunos de mis suspiros.

Como lo proyectaba, me fui luego sola al Mirador, donde hoy me advertí una vida monótona, abrumadora, triste; y me pareció muy largo el tiempo que hace me separé de ti.

La verdad es que muchas horas de este género de vida se me hacen interminables y las quisiera pasar en un sueño...

¿Cuándo podré verte?

Todos los días recibo carta de la ciudad y en el instante de leerla la contesto. En todas las que yo escribo á mis hermanas pregunto por ti.

Hoy es el Viernes anterior á la Semana Grande y he recordado á muchas amigas y conocidas que llevan el nombre de la Advocación de

la Virgen que expresa el día.

¡Debes estar triste hoy!

Así te he conceptuado por estar lejos de tu madre en el día de su santo.

Al recordar la tuya he venido en memoria de la mía: tú porque tus ocupaciones te hicieron ausentarte de ella, y yo, porque me la arrebató la muerte, ninguno de nosotros estamos al lado de nuestra madre.

Las dos están muy lejos de sus hijos; pero ¡con cuánta diferencial! .

Tu verás á la tuya más ó menos tarde: conservas la esperanza de abrazarla aún muchas veces; yo no tengo ese consuelo.

La perdí para siempre y no espero verla más; es decir, verla, si la veo en mis noches de grandes insomnios y de penas aniquiladoras en que ella se coloca á mi lado para darme alientos y separar con blanda mano las espinas que hay clavadas en mi alma.

Yo entonces la ruego que no se separe nunca de mi; que siempre me tenga presente; que ella, que estará gozando de la presencia de Dios porque en vida fué una santa, me sirva de guía en este mundo. .

Cuando más me dejaba arrastrar por estos pensamientos, figúrate el efecto que produjo en mi ánimo una copla que desde lejos llegó á mis oídos cantada con voz potente y que, decía:

Tengo padre y no lo tengo;  
Tenia madre y se murió;  
Quiero á un hombre y no me quiere;  
¡Qué desgraciada soy yo!

Un grito indefinible de angustia, de dolor, de terror, partió de mi pecho y quedé en suspenso; pero reaccionada luego que pasó aquella crisis de mi alma, empecé á recorrer mi situación con respecto al cantar, y concluí pensando que el primer verso en nada me afecta, porque tengo un padre que aunque su carácter severo y recto no le permita demostrar otra cosa, es no obstante cariñoso como el que más; el segundo no es del todo exacto: mi madre murió, es verdad; pero murió para el mundo no para mí que siempre la tengo presente y en cuanto al tercer verso... ¡qué se yo!; á veces noto que no me quieres; pero eso será quizá el efecto de mis egoismos ó de mis ambiciones; me es necesario, pues, creer que me quieres porque no de otro modo te me presentarias en otras ocasiones tan rendidamente enamorado.

¿Verdad que yo soy tu única aspiración? Por Dios... ¡dime que sí!

Al declinar la tarde, empecé á sentirme muy molesta; tal vez me sobrevino un poco de fiebre y me fui á mi cuarto.

Cuando ya llegó la noche y por la ventana

empezaron á penetrar los tibios rayos de una hermosa luna, me asomé al exterior para contemplar el astró de la noche.

Bien pronto descubrió mi vista nuestra estrella; aquella estrella que sobre nuestro cenit fué tantas veces mudo testigo de nuestra conversación.

Durante un buen tiempo no aparté los ojos de ella y en un momento me pareció que se animaba, que tomaba cuerpo, que se acercaba á mí y que me hablaba.

Yo le pregunté repetidas veces por tí hasta que me di cuenta que entristeciase su luz y que marchaba hacia su ocaso...

Todo tiene en ocaso... Adiós.

---



DIA V.

*16 de Abril.*

¡Qué día más dichoso el de hoy!

¡Qué grata impresión me causó la carta que escribiste ayer!

¡Si supieras cuán densas emociones afectaban mi ánimo á su lectura!

¡Dios mio! ¿porqué pienso luego que no me quiere?...

Dicen que lo mismo se llora de alegría que de tristeza; y yo, que antes lo dudaba, me veo hoy obligada á declarar tan magna verdad.

Yo hoy he llorado; pero mi llanto ha sido de dicha, de felicidad.

Aún estaba dormida cuando llamó Maria á la puerta de mi alcoba diciéndome que tenia carta, y enseguida me levanté aunque todavia era muy temprano.

Lo que por mí pasó al reconocer en el sobre tu letra, no es para describirlo.

Sólo podré decirte que corrí anhelante al Mirador.

¡Me sería tan grato leer tu escrito en el lugar de mi preferencia, en ese sublime instante en que empieza el amanecer!...

Como lo esperaba, comenzó con la lectura mis lágrimas que inundaron mis ojos hasta hacerme

en momentos oscuros los rasgos caligráficos.

¿Que porqué lloraba?

No lo sé. Mi alma estaba henchida de alegría, de júbilo: quería como saltármese del cuerpo, y mi pecho se dilataba cuanto le permitía la elasticidad de sus tejidos.

No lo crea sueño, y sin embargo me consideré reina: ¡me vi amada por ti!

Quise contestarte inmediatamente, y tuve que soltar la pluma después de empezar muchas veces: no acertaba con la frase..

«Esta mañana me levanté más temprano con objeto de escribir dos cartas; una para mi madre á quien venero; otra para ti á quien adoro... Sois las dos en el orden psíquico lo que las aurículas de mi aparato circulatorio en el orden material... Hoy lo dedicaré recordándoos á ambos!...»

¿De donde tomaste la pluma de ángel para escribir esto?

Tu madre, desde luego; pero ¿es verdad que yo también soy necesaria á tu vida?

¡Cuánto diera yo porque tú penetraras hasta el interior de mi alma, para que viendo su fondo, te dieras cuenta del sentimiento que la invade!

Si así hubiera sucedido de seguro que no me habrías hecho sufrir, aunque haya sido sin darte cuenta.

Durante todo el día de hoy no he hecho otra

cosa que leer y releer tu escrito cien veces: casi lo sé de memoria. Recito para mí misma párrafos enteros.

¡Qué dichosa soy!... Adios.

DIA VI.

*17 de Abril.*

Hoy omito el Diario, pues lo que en él pudiera decirte lo hago en la carta que te envío.

El resto del día lo he pasado bajo la misma impresión de felicidad. Adios.

## DIA VII.

*13 de Abril*

Bien se sabe que no hay dicha completa en este mundo; y que lo que hoy es alegría y contento, mañana será tristeza y duelo.

Apenas levantada esta mañana, me comunicaron que ese día que me ibas á dedicar, recordándome, lo pasaste casi por entero en galanterías y en atenciones con otras personas.

Tú dirás: "¿Quién será quien la pone al corriente de todo cuanto yo hago aquí, estando ella en un campo, tan apartado como es donde está?"

Habrás de extrañarte, ¿verdad? pero es lo cierto que cuando no por unos por otros, quizá no hayas hecho una cosa que yo no sepa, con la circunstancia de que jamás pregunto; y es el caso, que no desconociendo cómo no desconocen mis vecinos de todos estos contornos que estoy en relaciones contigo, ellos te buscan, deseosos de conocerte, en los continuos viajes que hacen á la ciudad.

¡Cuántas veces estarás tú tan ajeno de que no te observan, y en el café, en la calle ó en la casa donde te hospedas hay ojos y oídos que tú no adviertes y que sin embargo no se apartan de ti hasta escucharte una frase ó hasta ver uno de tus movimientos que luego me dan á entender ya

refiriéndomelos directamente ya comentándolos unos con otros en mi presencia!

El día de hoy ha sido abundante en detalles y en noticias que me han consternado hondamente.

He querido buscar refugio en tu carta que llena todas mis satisfacciones, y la volví á leer para disipar las tristezas que me consumían.

Con la última, saqué otras cartas tuyas que después de aquella fui leyendo.

En una encontré un párrafo en el que propósito de las seguridades del cariño que me tienes ofrecido, terminas diciéndome que siempre me querrás; pero que en último caso serías capaz de sacrificar tu más altos sentimientos en aras de una idea; y esta afirmación tuya que al principio me halagó, hoy, bien entendida, la rechazo.

¿Tú no sabes que no es eso lo que yo quiero?....

¿Crees por ventura que me puede agradar, que me puede satisfacer el que sin que influyan tus sentimientos me demuestres que me quieres sólo por satisfacer una idea?

Nó; yo necesito que tu amor parta del alma, porque sólo así serían míos todos tus sentimientos y no tendrías entonces necesidad de sacrificio alguno...

¡Mira qué ocurrencia la mía de leer hoy esa carta!

Cuando fui á mi habitación á guardar tus escritos tuve necesidad de acostarme porque no hubiera podido hacer otra cosa.

Al caer de la tarde me levanté por dar un paseo; pero mis piernas se resistieron á caminar, y me quedé en la casa hasta que ya bien entrada la noche me retiré á mi dormitorio; y como de costumbre, abrí el Diario.

Ya están todos acostados y sólo siento el ladrar desesperado de los perros que desde el fondo del barranco corean los graznidos de algunas aves nocturnas. El mismo perro que tiene mi colono deja oír, junto á la puerta de la casa, en prolongados y quejumbrosos aullidos.

¿Qué me anunciará toda esa desconcertada jauría?

No soy supersticiosa, y aunque no es la primera vez que esto sucede, esta noche me impone y me llena de celos.

A veces suelto el lápiz y me pongo á escuchar como pretendiendo traducir ese lenguaje incomprensible que llena el espacio con caracteres aterradores y que me aplico de manera funesta.

Tengo miedo y grandes zozobras;... me asaltan fieros presentimientos...

Voy á acostarme pensando en si se cumplirán pronto tan fatales augurios .. Adiós.

---

## DIA VIII

19 de Abril.

Como de costumbre, al levantarme fui á dar el habitual paseo que tuvo que ser bien corto, y enseguida marché al Mirador.

No bien me hube sentado, me dieron una noticia que necesito que me expliques. Me dicen que te han hecho la siguiente pregunta: "¿Se vá V. á rebelar?"

Las circunstancias en que fuiste preguntado y las causas, *suversivas* desde luego, que motivaron la tal pregunta, dada la persona que la profirió me tienen sumida en dolorosas reflexiones.

Si esta página la hubiera escrito ahí sería más extensa; pero aqui no puedo escribir lo que en esa, porque no sirvo para calcular ni medir.

Adiós; hasta mañana que será por el estilo de hoy si Dios no lo remedia.





DIA IX

*20 de Abril.*

El día lo he pasado por entero en cama, sintiendo con toda su fuerza las impresiones de ayer.

La fiebre no me ha abandonado un instante haciéndola más intensa en ocasiones algunos accesos de tos.

Son las diez de la noche y me he levantado sólo por no dejar completamente en blanco el día de hoy.

Ya habrás recibido mi carta. Veremos si mañana tengo contestación. Adiós.

---

## DIA X

*21 de Abril.*

Hoy ha sido un gran día; pero un gran día de pesares.

Al igual de ayer, no estaba en disposición de levantarme; pero lo hice poco antes del medio día, pues que ni en la cama encontraba reposo, como presintiendo lo funesto de la noticia que más tarde habían de comunicarme.

Así fué, y apenas salida de mi cuarto llegó una visita que, desde luego, empezó á hablarme de tí, diciéndome que había podido adquirir la evidencia, de que tus relaciones conmigo eran un puro pasatiempo; que tú querías á otra, y por último haciendo una gráfica y ruda comparación á su estío me expresó que tu hecho era igual al de los gañanes cuando salen á arar, que es buscar una novia por el tiempo que les dura su estancia en el cortijo y una vez terminado el trabajo y ausentándose, si te ví no me acuerdo.

Todo esto, que si bien en la forma resulta bastante crudo, puede tener un fondo de inmediata aplicación y sin duda que tendrá su principio.

No quiero hacerte los comentarios que me han sugerido estas manifestaciones, pues sería aumentar mi sufrimiento.

Maria tuvo empeño cuando almorzamos que diéramos un paseo y nos dirigimos al Mirador á

rezar, recordando el día de hoy.

Esta noche me retiré temprano á mi dormitorio.

El perro sigue aullando con insistencia.

Voy á acostarme con el doble disgusto de no haber recibido carta tuya. Adiós.



## DIA XI

22 de Abril.

Viernes Santo!.. Dia de duelo, de luto, de tristeza....

Al levantarme mandé recado á la casa del que llevó la carta para ti, esperando que, ya de vuelta, me hubiera traído la contestación; pero con bastante desagrado supe que el individuo en cuestión no habia aún regresado.

En medio de este disgusto, vi venir hacia la casa á la muchacha del colono que el mismo dia de mi llegada marchó á la ciudad, y esta inesperada viajera me devolvió toda la tranquilidad perdida, por esperar, con fundados motivos, que ella me daría abundantes detalles que me interesaran.

Así fué en efecto, y entre otras cosas me dijo que mañana llegaría aquí mi padre con mis hermanas y el médico; y que según le manifestó una de aquellas me traerían carta tuya.

La llegada de mi padre en estas circunstancias me ha afligido en parte, porque sin estar en disposición, habré de afectar una mejoría y una agilidad de que carezco, por ver si me levanta este impuesto y forzoso destierro.

También me dijo la muchacha que te habia visto repetidas veces; y bien porque ésta sea más prudente que los demás, bien porque la chica se compadezca de mi situación, bien porque esté ad-

verlida por alguno de mi familia, es el caso que no ha querido ella hacerme otras referencias tuyas.

Me resigné, pues, á esperar el día de mañana en que podré leer tu carta y hablar con los míos.

Después del mediodía marché, como ayer, al Mirador seguida de mi amiga de destierro, y ajustados á lo que representa este santo día, hicimos algunos rezos y meditaciones.

Ya empezaba á ocultar sus primeros dorados rayos el astro rey, cuando, terminadas las oraciones, empezaste á llenar mis pensamientos y viendo junto á mi algunas margaritas que mecidas por un ligero vientecillo rozaban mis vestitidos, ocurrióseme cortar una para, en el número de sus hojas, preguntarla cual sería mi estado futuro.

No te rías; pero ¿verdad que fué singular la distracción que busqué?

Y lo mejor del caso fué que el último pétalo de la flor correspondió á la palabra "soltera."

Supuse que arrancaría en alguna vez dos hojas por una y cogiendo otra florecilla volví á hacerla la misma pregunta obteniendo por segunda vez la misma respuesta.

Mira que tiene gracia esto. Hasta las flores se han empeñado en vaticinar mi celibato. ¿Sabrán ellas tal vez lo venidero?

A mí no me ha dejado de impresionar, ape-

sar de que siempre he creído esto un pasatiempo.

Y tú ¿qué me contestarías?..

Todo está ya dispuesto para recibir á mi familia.

Estoy deseando que amanezca el nuevo día para verla y leer tu carta que espero con ansiedad.

Adiós.



## DIA XII

*23 de Abril.*

Hoy ha experimentado mi alma todos los estados susceptibles de mi sensibilidad extrema: he sentido dichas, goces, penas, congojas...

Mi padre no ha resuelto aún lo que hará conmigo; el médico no ha formulado á lo que presumo un diagnóstico muy favorable; mis hermanas, como puestas con antelación de acuerdo, no han querido ni separada, ni colectivamente, exponerme datos tuyos, y tu carta, mezcla de destellos de amor y de desaliento, me ha dado mucho en qué pensar; pero no te hablaré de mis tristezas, ni de mis penas, ni de mis sufrimientos en relación contigo: todo eso lo dejaré para mí. ¡Qué vida más aburrida!

Otras veces he pasado temporadas en el campo y ninguna me ha resultado como ésta; en cambio mis hermanas están aquí contentísimas y me dicen que desearían quedarse si mi padre lo dispusiera.

El que alguna me diera compañía también habría de agradarme; pero ¿no será todo esto que dicen ellas como el recurso de que se valen para dejarme aquí sola otra vez?

Hoy hemos bajado todos al río de donde regresamos ya tarde.

Todos iban satisfechos; pero yo no pude par-

ticipar de la alegría que reinaba entre los demás; yo no sé nada más que estar á tu lado; yo no podré ser nada más que lo que tú quieras que sea; yo no puedo aspirar á otra cosa que á tu cariño; y todo lo que se aparte de estos sentimientos no han de dejar huella en mi ánimo.

¡Si tú fueras para mí igual que lo que yo soy para ti!

¡Si tú me quisieras con toda tu alma, más que á nadie en este mundo, más que á ti mismo!... Así; con toda esa intensidad es como sale de mi pecho el amor que yo te profeso.

Te lo tengo prometido; te lo tengo jurado; te lo repito ahora; te lo repetiré mil veces: á ti, el único que has sabido despertar en mi alma los primeros fulgores de mi amor virgen, que siempre, siempre, habré de estar consagrada á tu recuerdo constante; y á cada hora, á cada minuto, me reclamas este juramento que á tu alma debe mi alma.

Y es lógico: te me apareciste discreto, leal, ingenioso, imaginativo, constante, secreto, tímido, pacífico, obediente, amigable, desafortunado; y progresivamente sensible en extremo; impresionable hasta lo delicado; galante hasta la ternura; entusiasta hasta la exaltación; desinteresado hasta la prodigalidad; apasionado hasta el delirio; todo espíritu; todo alma; todo sublimidad...

¿Serías el dios que habrías de conducirme á

la gloria de que es capaz gozarse en este mundo,  
ó el demonio que me arrastrarías á eternos abis-  
mos?

¿Tu aparición en mi camino sería para salvar-  
me ó para condenarme?

No sabía aún qué sentimiento me inspirabas  
hasta que una vez, en una hoja que el acaso, el des-  
tino, mi suerte, mi desgracia.. ¡qué sé yo! llevó á  
mis manos lei:

«Me dice el confesor:» — «Prepara el alma  
que has de entregar á Dios.»

«El alma que te di quiere que entregue  
mi confesor!» .. .

Y sin medir la magnitud del pecado que su-  
ponía tal impiedad, hice mío el concepto y escri-  
biendo los versos en un pliego te los dediqué.

¿Qué sucedió luego?

Triste, convulsa, estremecida, escuché siempre  
tus relatos de amor que me abrían el camino del  
cielo:

Y ya lo sabes:

..... el cielo visto

no puede ser jamás, nunca, olvidado.

¿Cómo, pues, no he de quererte?

Quiéreme tú también un poquito; aunque sólo  
sea la mitad de lo que yo á ti te quiero.

Con eso me conformaba. Adiós.

---

## DIA XV.

*26 de Abril*

He dejado pasar dos días en claro porque en ellos no he tenido acción para abrir siquiera el Diario. No sabía qué decirte de tantas cosas como he sentido. Además mis hermanas llevan una carta para ti que te hablará por estos días.

Ya estoy sola otra vez: sola con tu recuerdo y con mis amarguras.

Si; con mis amarguras!

¿Tú sabes en el estado de postración en que me deja este continuo pasar de noches tormentosas, entre inquietudes, con una idea fija que no me permite ni el reposo del sueño haciéndome desear la nueva aurora evidenciada de que con ella aparecerá algo que nunca llega; y tener el espíritu pendiente durante el día del primer movimiento que observo; y que vuelve á llegar la noche y vuelvo á sentir todas las ansias de la anterior; y llevar siempre comprimidos en mi pecho los anhelos de vehementos deseos y las torturas de sombríos fantasmas; y llorar y amar y padecer?...

¿Que el porqué de estos celos?

Tengo muchos presentimientos; pero estas cosas no se aciertan á concretar.

Así lo dice una triste canción:

•No preguntes á un alma que sufre  
El nombre que tiene su oculto dolor;  
Las palabras no pueden decirlo;  
Tormentos tan hondos no expresa la voz.“

Pero ya que á mí no me es posible expresar-te estas devoradoras zozobras é incertidumbres, penétralas tú; mi pecho está por entero abierto á tí; entra en él sin vacilar á ver si te compadesces de su estado.

No hay remedio: la ausencia que me obliga á estar separada de tí, ha de prolongarse por... no sé cuánto tiempo; y siendo ésta la causa que me tiene sumida en hondos abatimientos, necesariamente que el saber de tí será lo único que habrá de consolarme un tanto. Escribeme, pues, con frecuencia cartas largas, muy largas, que compensen en parte las torturas de este ostracismo.

Todo hoy lo he pasado en mi habitación: quise salir, y al divisar el campo tuve miedo: ¡lo encontré tan triste!... y hasta el Mirador, ese único lugar que desde los primeros días de mi llegada llenó todas mis aspiraciones entre estas soledades por los recuerdos que de tí él me inspiraba, lo he visto hoy desde mi ventana también envuelto en sombras y lóbregueces.

Desde esta mañana que marchó mi familia me siento más sola y más melancólica que antes de su llegada; y el aspecto en que esta situación me

hace aparecer, junto con una tos bastante fatigosa y seca que se ha apoderado de mí, hacen que María se haya empeñado en no dejarme un momento sola.

A estas horas habrás recibido mi carta; contestala pronto y ten para esta enferma, que se muere por tí, una frase de consuelo que la restablezca. Adiós.

---

DIA XVI

*27 de Abril.*

Me mata la tristeza y la ausencia.

Qué horrorosa es la nostalgia de quien vive amando!

Hoy he llorado mucho, mucho.

Tengo ansias de verte.

Un oculto y tirano presentimiento me devora.

La tos desgarrá mis pulmones y la fiebre en ocasiones me ha hecho delirar.

Alarmada María quiso enviar aviso á mi familia y se lo prohibi: quiero que seas tú quien venga. Adiós.

---

## DIA XVIII

*29 de Abril.*

Después de pasar todo ayer en cama, amanecí esta mañana algo más aliviada.

Parece como que quiso Dios darme alguna más fuerza para que pudiese resistir el tremendo golpe que me esperaba.

Cuando me vestí sentí vehementes deseos de llegarme al Mirador. Hacia ya tres días que no lo visitaba.

Estando en él acompañada de María me entregaron tu carta que llena de emoción abrí...

No me atrevía á leerla: empecé á darle vueltas entre mis manos. Diríase que mi corazón adivinaba su contenido...

¡Qué horrible pena se apoderó de mí á su lectura!

Me dices que un aviso urgente de tu familia te obliga á partir y no sabes cuándo podrás volver.

Como si fuera insuficiente la distancia que nos separaba, que con ternos ausentes ya era bastante, te has alejado más.

Ahora, ni siquiera tendré el consuelo de que vendrías á verme al primer aviso que te enviara.

¡Me he quedado más sola!...

Hasta los pájaros que alegremente empezaban á trinar en torno del Mirador se han alejado.

Estamos en plena primavera y siento sin embargo el ángel del invierno rozar sus frías alas sobre mi frente.

La noche me envuelve; el huracán me llena de pánico; la nieve puebla mi pecho... ¡tengo frío, mucho frío!...

¡Me has abandonado cuando más sola estoy; cuando más necesitaba de ti!...

La hija del colono llegó al Mirador, y acercándose á mí me preguntó qué nuevas había recibido.

Le dije que la carta era tuya y que en ella me anunciabas tu partida. Entonces la muchacha sonrió y contestóme:

—Yo ya lo sabía; pero no quise dar á V. esa noticia: lo mejor que debe hacer es olvidarlo.

Le pedí explicaciones y no conseguí que me aclarara el misterio

Se limitaba siempre á decirme que no me acordara más de ti.

¡Qué tonta!... ¡Como si fuera posible el yo olvidarte!...

Mañana mismo escribiré á mis hermanas pidiéndoles detalles; y si en la carta pretendieran encubrirme la verdad, marcharé seguidamente á la ciudad á tomar datos ciertos y fidedignos

Me ahogan el dolor y el llanto.

Que lleves felicidad... Adiós.

30 de Abril.

No fué preciso escribir á mis hermanas: ellas se adelantaron enviándome una carta...

Quedo convencida: todo lo hecho en estos últimos días ha sido combinado con el fin de darme la pildora para suavizar los efectos .. Ellas vinieron aquí ha poco con propósitos de escudriñar mi estado por si estaba en disposición de resistir el golpe que me esperaba sufrir.

¡Insensatas! .. ¿Qué preparación previa puede aliviar á una planta que han de cortar la mejor y más profunda de sus raíces?

¡Te marchaste para siempre! .. ¡qué ingrato!...

Has trocado el más hermoso capullo de mi esperanza en el cáliz del más amargo dolor.

Conigo se van mis recuerdos más rosados; mis venturas más celestiales; el resto de la existencia descolorida y ruinosa que me sostenía...

¿Porqué te fuiste tan despiadadamente? ¿No ves que así acabas de destruir los cortos y carcomidos días que me restan?

¿Porqué te alejaste de quien en tí buscaba un consuelo? ¿No adviertes que el despertar de este sueño ha de serme fatal?

Ya todo acabó: los primeros tonos que escuché del pajarillo que cante al sol; los trinos y murmurios de las ondas, al rodar por el río, que

hieran mis tímpanos; la primera vista que me ofrezca un cielo tranquilo en serena noche de clara luna, despertarán en mi espíritu el suplicio brutal del desengaño que mata. Los aullidos de los perros y el graznar de las aves nocturnas serán en adelante los himnos de consuelo, los únicos salmos de esperanza que podré hermanar á mis desdichas.

En el fondo de un vaso que hay sobre la misma mesa en que escribo, contemplo marchita, sola y olvidada una violeta. Vivió un solo día; la guardé allí y ahora la veo mustia y callada como si la hubiera cogido presintiendo que ella habria de ser el emblema de un amor olvidado.

Mustia está la violeta como mis esperanzas, como mis ilusiones, como tu amor, como mi imagen en tu memoria; y mi alma, que se parece á la violeta, envuelta en un letargo sombrío, yace triste y ama...

Una congoja agudísima aflige mi espíritu de enferma y de enamorada, y tú ya no vendrás á templar la amargura que en mi soledad me consume.

Te alzaste del nido tibio y rosado que con pedazos de mi corazón te construí en el árbol de mi pecho, dejando mis hojas secas y mis ramas desgajadas, sin dedicarles siquiera el último canto de despedida.

Mi angustia crece por grados á medida que

va aumentando la cerrazón de la noche y el silbido del viento que con quejumbroso treno, semejante á una elegía, azota las paredes de mi habitación.

Todo el dulce pasado acude á mi mente en términos consoladores, y ni una ténue esperanza me permite acariciarlo... ¡Qué tempestad más horrosa la que se abre á mi alma!...

Sé tu feliz. .. Adiós.

---

## DIA XX

*1.º de Mayo.*

Hoy he recibido nueva carta tuya.

M: anuncias que en un largo tiempo no podrás volver y que imprevistas ocupaciones te impedirán escribirme por ahora, recomendándome no te conteste porque otra ausencia te privaría de recibir mi escrito.

Todo eso me dá á entender que esta es ya tu última carta... ¡tu última carta!... ¡Si supieras entre qué temblar de manos y entre qué crispación de dedos sostengo el lápiz que traza esa frase!...

Pero es preciso: recibí tu última carta donde ya ni siquiera pretendes fingir una pasión que no digo ha muerto porque no sé si vivió.

¡Es tu misma letra! La letra en que vi tantas veces reflejado un cariño que juzgué puro y eterno.

Ya te olvidas de mí; ya no puedes decirme que me quieres; pues bien, cumpliré sin reprocharte hasta lo último.

Te devuelvo tus cartas: si estás ausente de tu casa, cuando á ella regreses las recogerás.

¿Para qué he de conservar este simbolo de un amor que no existe? ¿De qué me servirá el templo de un culto pasado?

Además quiero devolvértelas por si alguna vez se te ocurriese repasarlas á ver qué te dice á su lectura tu conciencia,

Soñé una ilusión que he alimentado en la primavera de mi vida, y el sueño y hasta la misma ilusión se me tornaron ingratos.

Creí en tu corazón mirando el mío sin tener en cuenta que también relumbran el oropel y el talco.

La equivocación fué mía; no trato de culparte. Al fin, es tu voluntad.

Te devuelvo tus cartas porque creo que así me evitaré nuevos dolores; porque en ellas habría siempre de sentir el rumor de dichas pasadas, cuyos recuerdos vivos elaboran la tumba donde he de enterrar mis esperanzas.

Te quise como á un dios, y sigo queriéndote; y cuanto más convencida estoy de tu ingratitud más te recuerdo. ¿Cómo he de olvidarte si la primera oración pasional, si el primer rezo de amor que pronunciaron mis labios los aprendí contigo, los sentí junto á ti?...

Adiós; con el paquete sabe que te envío... lo mejor que me resta: mi amor, mi gloria, mis sueños, mis esperanzas, mis ilusiones, mis encantos, mis dichas, mi felicidad, mi juventud... Todo, todo vá en él; yo me quedo tan sólo con las sombras y con los fríos del que agoniza.

Adiós: si alguna vez lees estos renglones, piensa que una muerta te dedicó el tiempo más hermoso de su vida. Yo no pretenderé olvidarte, porque lo pretendería en vano: la pasión tiránica

que hasta aquí ha turbado mi alegría aún subsiste, y ahora me condena á amar sin esperanzas....

Adios, espíritu que me alentaba, corazón que latía en mi pecho, sangre que me daba vida: el amor que te profeso lo llevaré hasta el sepulcro...  
Adiós.



## DIA XXIV.

*5 de Mayo*

Han transcurrido apenas cuatro días y parece que han pasado por mi vida cuatro siglos.

¡Qué largas me han resultado las horas de esos días! ¡Qué interminables los minutos de esas noches!...

Hoy también, como los tres anteriores, lo hubiese pasado por entero en cama si ya no estuviera determinado mi porvenir; si no estuviera mi fin próximo.

Moriré pronto, sí; hoy soy ya una moribunda, un casi cadáver y por instantes siento que va extinguiéndose más y más la luz de mi existencia.

Estoy resignada á morir y moriré tranquila: aunque es el de la muerte un tránsito penoso, ¿quien deja de atravesarlo?

Pasada ya la crisis de mi alma, apenas sé sentir: mi cuerpo va disecándose cuando aún no lo ha abandonado el espíritu; pero mi corazón casi late.

Cuando hasta ayer salían á raudales las lágrimas de mis ojos en copioso llanto, hoy ya no lloro; al aparecer en mi alma opacamente la silueta de tu imagen, gimo, sólo gimo y de mis ojos extremadamente abiertos y hundidos en sus órbitas,

secos ya, no brota ni una lágrima de consuelo.

Cuando podía llorar era más feliz en medio de mis desdichas...

¡Qué cambio he experimentado en cuatro días!...

Aquellas rosas de mis mejillas como tú las llamabas, se han convertido en dos agonizantes azucenas del más pálido tono; aquel húmedo capullo reventón de clavel encarnado que decías á mis labios, trocose en dos secas y desquebrajadas hojas de clavel amarillo; aquella luz auroral, que contemplabas en mis risueñas pupilas, está oscilante como un débil crepúsculo que en breve ocultará el grisiento manto de obscura noche; .. de cuanto ornó mi ser nada me queda y sólo conservo el aspecto sombrío de un calcinado esqueleto envuelto en un sudario.

La tos se me ha recrudecido con caracteres furiosos de aniquilamiento en estos últimos días: me dá asco de mí misma cuando advierto en mis esputos ensangrentados pedazos de pulmones; pero me consuela la idea de que esto acabará pronto por sentirme todas las vísceras de mi pecho en completa dilusión.

Cuando pueda escribir en este Diario lo haré. Ahora termino porque no puedo más.

En este momento siento en mi garganta el cosquilleo que me anuncia un nuevo acceso de tos: lo único que me entristece es que la pobre

de Maria, que apenas si duerme, va á despertar.  
Adiós.



DIA XXVII

*3 de Mayo.*

¡Tres días más de agonías interminables!  
Ayer, en particular, creyeron que me moría.  
Ni María, ni la familia del colono se apartan  
un momento de mi lado.

Todos están convencidos de que cuando me-  
nos lo piensen les dejaré un triste recuerdo de  
mi estancia en la Cueva del Sol; pero mi natu-  
raleza parece como que se resiste á abandonar la  
penosa carga de esta vida...

¡Es que sabe que tú quedas en ella!

Creo que han avisado á mi familia.

Si estuvieras cerca de mí tendría el postrar  
consuelo de verte en mis últimos instantes; al  
tiempo de cerrar para siempre mis ojos.

Dicen que lo que se mira en ese supremo  
momento queda retratado en las vidriosas pupilas  
del que muere.

Por si es cierto, yo me contentaré con mirar  
tu retrato que está en la primera página de este  
Diario.

Y apropósito del Diario, ya he dado á María  
mis instrucciones.

Quiero que cuando yo deje de existir lo re-  
coja de mis manos y te lo envíe haciendõ antes  
constar en su última página la hora y el día en  
que fallezca.

Las hojas que quedan en blanco desde la última en que yo escribí hasta donde escriba María te hablarán de las cosas que ya no puedo decirte.

Mi respiración se hace cada vez más dificultosa; siento por mis bronquios silbidos y estertores; la tos es completamente seca y ronca, con desgarró: diríase que ya no me queda dentro del pecho ni un átomo; mi voz aparece como cavernosa.

A Dios le pido de todo corazón que me perdone; que te perdone á ti como yo te perdono y que abrevie esta inclemente é irresistible situación mía.

Pienso que cuando mi alma se encuentre libre de mi cuerpo volará á tu lado y te verá siempre; y esta idea me hace más dulces y llevaderas las crueles horas por que atravieso.

Esto lo escribo en el lecho de donde ya no espero levantarme más.

Estoy muy débil y desfallecida .. Adios... Adios...

---

## DIA XXX

*11 de Mayo.*

Ayer llegó mi padre con una de mis hermanas y con el médico.

Este último dispuso una receta que enseguida fueron á buscar... ¡El médico!.. ¡Una receta!.. ¡Qué sarcasmo!..

A última hora de hoy me hablaron de confesión que yo deseo hacer con el alma, y creo que mañana apenas amanezca irán á buscar un sacerdote.

Esto me indica que ya me quedan pocos días: á todos los veo tristes y llorosos y todos enjugan sus lágrimas en mi presencia.

María, la pobre compañera de mis tormentos y de mis soledades no se separa de mí ni para descansar.

Hoy he dicho á mi padre que quiero que me entierren en el Mirador.

¿Vendrás alguna vez á visitar mi tumba y á rezar una oración por mi alma?... ¡Anda!... Ven, que Dios te lo pagará; y al venir, deposita sobre mi fosa algunas violetas, que son las flores que más me regalaste.

Después que confiese no volveré á escribir: quiero desde entonces poner mi pensamiento en Dios para salvarme y poder rogarle á El por ti en aquella región eterna.

Mis cartas, mis retratos y todos mis recuerdos, si no puedes conservarlos los quemas todos.

Lo que más quiero es que los guardes mientras tú vivas.

Ya está muy avanzada la noche y voy ha prepararme para la confesión de mañana...

¡Cuántas cosas más te diría!... ¡Adios!

Concluí la misión que habia de cumplir contigo en este mundo...

Adios... al exhalar mi último aliento pronunciaré tu nombre y se apagarán mis ojos mirando tu retrato...

Adiós... no dejes de visitar aunque sea una sola vez mi tumba, que mi alma te sonreirá satisfecha desde el espacio infinito y se manifestará á ti entre el quedo murmurar de los sauces que rodeen mi callada y solitaria morada...

Adiós... pronto viviré en tu memoria: dedícame tú desde donde te encuentres algunos recuerdos de piedad...

Adios... siempre estaré contigo .. ¡No puedo más!... ¡Adios por la vez última!... ¡Adios!... ¡Adiós! .. ¡Adios!...

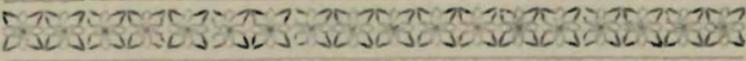
---

## DIA ULTIMO

Después de dos días de lenta y penosa agonia, falleció á las tres de la tarde del 13 de Mayo







## Conclusión

---

DESDE la página que señalaba el día XXX, hasta aquella en que una letra extraña consignaba la hora en que murió la enferma, había en blanco doce páginas más, á las cuales di muchas vueltas y de las que no me decidía á apartar los ojos como queriendo escudriñar lo que la mano de una moribunda dejó de escribir.

Un momento luego miré á la señora Maria que advirtió que yo ya había terminado la lectura y me miraba con fijeza; pero la colona permaneció en silencio, hasta que yo la pregunté:

—Esta Maria que aquí se cita es V. misma?

—Sí, señor; yo soy—me contestó la pobre mujer suspirando.

—Y cómo entonces—continué—no envió este cuaderno á su destino?

—Ah, caballero!... A mí también me tenía Dios reservado un desengaño.

—Porqué?

—Porqué el individuo á quien debí entregarlo ni siquiera contestó á mis cartas. Convencida

de que así no adelantaría nada, hice después un viaje para buscarlo.

—Y no lo encontró?

—Mejor hubiera sido. Cuando pude verlo y él se enteró del objeto de mi visita me dijo con sorna que no podía entretenerse en leer aquellos papeles y me volvió la espalda....

Un momento permanecimos en silencio mientras la aflijida mujer se enjugó algunas lágrimas y después seguí:

—Me parece haber escuchado que pasados algunos días de enterrada esa pobre muchacha en el Mirador, trasladaron sus restos á la ciudad.

—No, señor; así lo decimos para evitar recelos y temores entre estos sencillos y supersticiosos vecinos; pero la verdad es que la tumba no ha sido movida desde que enterraron allí el cuerpo de la señorita Cela

—Y como prometía ella aquí en el cuaderno, ¿expiró pronunciando el nombre del que cortó su vida?

—La infeliz murió besando la figura del que la llevó al sacrificio, y al adquirir sus ojos la inexpresión de la muerte, asomaron en ellos de pronto dos lágrimas que permacionaron fijas é inmóviles entre sus párpados hasta que yo las sequé... ¡Pobrecilla! Tanto tiempo como hacia que ya no lloraba... ¡Murió derramando lágrimas!...

Quise haber seguido preguntando por las cir-

cunstancias de aquel hombre abominable y engañador que según algunos de los párrafos que de sus cartas transcribió la víctima en el Diario, había de quererla con delirio y en cambio la martirizaba despertando en ella celos crueles y mostrándola indiferencias que acarrearón en la pobre amante una enfermedad destructora; pero la señora Maria estaba tan emocionada, que hu-  
be de desistir de aquel deseo.

Supliqué luego á la colona me dejara el cuaderno que le devolvería al siguiente día lacrado, á lo que accedió tras de muchas protestas y seguridades de mi parte, y cuando momentos después llegaron á la casa mis amigos acompañados de tío Curro para disponer el regreso, me encaminé yo solo, casi automáticamente con el cuaderno que acababa de leer aún en la mano, hacia el Mirador para despedirme de la muerta.

La nueva contemplación del impenetrable mutismo y de la fría soledad que envolvían á aquella sepultura, despertó en mi ánimo congojas innarrables, lamentos infinitos é incoercibles tristezas; y á mi mente acudió el pensamiento del poeta cuando exclamó con amargura:

“¡Dios mío, qué solos

Se quedan los muertos!...”

Sali del Mirador para cumplir uno de los deseos de la finada, y bajé á las márgenes del barranco en busca de violetas que depositar en la tumba

olvidada y desconocida de quien la debería tener regada con sus lágrimas.

Cuando de vuelta llegué otra vez junto á la cruz me pareció que el alma de la muerta se manifestaba á mí haciendo resonar en mis oídos murmullos leves como de ánimas que gemían; suspiros ténues como de sombras sepulcrales; ayes vagos y quedos como de espíritus que lloraban....

Después de dedicar mi última oración funeral á aquella mártir del amor, me encaminé hondamente apenado á la casa donde todo lo encontré dispuesto para emprender el regreso al pueblo..

FIR



# INDICE

	<i>Páginas</i>
<i>Dedicatoria</i> . . . . .	7
<i>Prólogo</i> . . . . .	11
<i>A orillas del Guadairo</i> . . . . .	13
<i>Excursión á la Cueva del Sol</i> . . . . .	17
<i>Una visita al Mirador</i> . . . . .	21
<i>El Almuerzo</i> . . . . .	25
<i>Diario de una Amante.</i> . . . . .	31
<i>Conclusión</i> . . . . .	87

